

denunciaban el origen señorial de aquella vivienda; pero si ninguna de esas cosas hubiera habido, habría bastado á dar fe de lo antiguo y ostentoso de la casona, la cama que me destinaron en el piso alto. Era también de dos pisos, tanto que se necesitaba de una mediana escalera para ascender donde se encontraba el colchón, por cierto blando y perezoso y que invitaba dulcemente al descanso. Las sábanas eran bastas, pero blancas y limpiísimas; hacían el efecto de un baño suave y reparador en que se mantuviera el cuerpo á una temperatura siempre ascendente.

No ví cuando mi amigo se despidió cerrando suavemente la puerta, dejé á medio devorar un panecillo y un cangilón de chocolate que me habían llevado hasta aquel lecho de honor y me eché á roncar como un bendito. Cuando desperté me dolían todos los huesos, toda la carne y todos los nervios; y no había sitio del cuerpo que no sintiera magullado, macerado y hecho pedazos.

Me incorporé trabajosamente, é iba á reclamar porque me despertaban habiendo apenas descabezado un sueñecito, cuando la voz de don León interrumpió mis quejas.

— Amigo, ¡qué sueño atrasado debe de haber traído! catorce horas de dormir no me parece un mal descanso.

— ¡Catorce horas! grité asustado. ¿Qué hora es?

— Las nueve de la mañana. Como usted se acostó á

las siete de la noche de ayer, no me parece errada la cuenta.

— ¡Malajo! y yo que quería tomar la diligencia de hoy: trataba de alcanzar al general Ortega en Querétaro.

— Pues le alcanzará tomando la de mañana; nada hay perdido.

Me vestí á toda prisa, me eché encima el capote, única prenda militar que poseía, pues soplabá un airecillo que daba el quién vive, y acompañado de don León, salí á recorrer la ciudad.

— ¿Y qué hace usted aquí, mi buen amigo? pregunté al gran farolón.

— Soy todo y soy nada; me ocupan ostensiblemente como pagador de la brigada Valle; pero lo cierto es que intervengo (y aquí bajó la voz) como factótum en las determinaciones de los jefes aconsejándoles, reprendiéndoles, enseñándoles y haciéndoles ver cómo deben caminar... Porque, compañero, hay entre estos correligionarios nuestros cada mula que da horror... Venimos de Guadalajara, que tomamos el treinta del pasado. Amigo, aquello fué batir el cobre y demostrar coraje... Y vaya que los malditos cangrejos son hombres de armas tomar... ¡Ese Santo Domingo, ese Carmen, ese San Francisco! Allí murieron hombres, allí corrió sangre, allí se vió lo que alcanza la gente mexicana. Válgame Dios, ¡qué soldados de Zacatecas, qué jinetes de Huerta, qué valor de Valle,



qué serenidad de Zaragoza!... ;Y qué lástima daba con los infelices! Pedimos un armisticio para que saliera toda aquella gente; lo concedieron; pero al sonar la primera campanada de las doce, tronó el cañón y los pobres que se retiraban llevando padres, hijos, muebles, animales y provisiones, tuvieron que huir cayendo y levantando no sin que dejaran de alcanzarles balas de fusil y cascos de granadas. ¿Pero, sabe usted lo gracioso? La bromita que les jugamos á los mochos... Pues, señor, que Manuel Doblado, que es de la piel de Judas, no sé cómo demonios se hizo de amistades con un lego, tuerto él, jorobado él, borracho él y mujeriego él... El tal leguito tenía como palillo de dientes en todas sus conversaciones al padre Fray Felipe; — Fray Felipe, no sé de qué — y Fray Felipe por aquí, y Fray Felipe por allá, y la sabiduría de Fray Felipe, y el tino de Fray Felipe, y la habilidad de Fray Felipe; y siempre el frailecito traído y llevado por todas partes... Manuel, con su mónita y su seriedad acostumbradas, hizo creer al borrachón del leguito que si el famoso Fray Felipe consentía en servir de intermediario, se lograría que los demagogos levantaran el sitio. Un día, después que el lego bebió como una cuba en el magnífico alojamiento de Doblado, convino en llevar un mensaje al fraile, suplicándole se pusiera al habla con nosotros. Manuel nos previno á Prieto y á mí que le siguiéramos y así lo hicimos, parando en un cuarto lleno



Un día, después que el lego bebió como una cuba...



de tiestos rotos, tierra para macetas, carretillas volcadas, mecapales de cuero y cien mil zarandajas inútiles; la estancia estaba iluminada por un veloncillo de sebo puesto en el gollete de una botella y sólo se distinguía, como nota brillante y ordenada, un llavero que tenía colocados sendos papeles que decían: «Locutorio — Definitorio — Refectorio — Puerta secreta, etc.»

El fraile era mozo, de gran calva, cabello negro ordenado en bandós, barriga prominente y ojos vivos. Doblado le recibió con unos rendimientos, una reverencia y unas mieles que habrían engañado á cualquiera.

— Señor, empezó á decirle Manuel, me permití rogar á mi buen amigo el lego Villacampa que suplicara á V. P. me concediera el honor de esta entrevista. Créamelo, señor; no estamos separados por diferencias fundamentales: somos hermanos, somos amigos, tenemos sangre, origen, religión, creencias idénticas... ¿Por qué nos hemos de destrozarnos y de hacernos daño cuando puede cesar ese estado de tirantez y de egoísmo? A personas como V. P. está reservado acabar con esta situación incalificable, que no debe prolongarse un día más.

— Señor General, respondió el frailucho dejándose querer, me confunde V. E. con sus bondades. ¿Qué va á hacer, qué va á decidir este pobre fraile que nada sabe de eso que llaman razón de Estado y modos de gobierno? Claro que me duele el alma al ver estos destrozos; pero



yo, que sé mucho del retiro de la celda, algo de guiar la conciencia ajena, poco de conducir la mía y nada del modo de lograr el gran negocio de la salvación, absolutamente nada alcanzo de la manera de concluir estas tremendas rivalidades, que me limito á llorar en lo obscuro de mi cuarto.

— No, reverendísimo padre, no, señor; eso se lo hace decir á V. P. la grandísima modestia que le llena; pero en verdad que no hay nadie tan abocado como V. P. para intentar esta empresa, para lanzar el *quos ego* en esta deshecha tempestad... ¡Animo, mi reverendo padre, ánimo, señor! y si se empeña, no tardaremos en ver que los bandos, los enemigos, los partidarios, se acerquen para darse el abrazo de hermanos.

Guillermo y yo estábamos admirados; pero nos quedamos positivamente estupefactos cuando vimos que el General abrazaba al fraile con una efusión que rayaba en el enternecimiento. Nos despedimos en los mejores términos, y, cuando empezamos á comentar el caso, le preguntamos á Doblado qué significaba aquel abrazo tan intempestivo. El General no contestó; pero sacando una llave que decía «*Puerta secreta*», nos la enseñó por vía de explicación. Por esa puerta penetraron nuestras tropas la noche del día 29, que tomamos á San Francisco...

Dejé de prestar atención al imperturbable narrador para ver á un carro atascado entre baches. El carretero

juraba con su variado y selectísimo vocabulario, secundado brillantemente por una colección de viejas, soldados uniformados y sin uniforme, y picadores á caballo, que veían el paso obstruído.

— Mire usted á los de Michoacán que llegan ahora; son buenas gentes. Ya les verá usted en el fuego y se convencerá de que de veras valen... En Guadalajara se lucieron, y por Dios que son templados... El día de los convenios... pero no le he contado á usted eso... ¡Vaya que vale la pena! Ha de saber usted que nos hallábamos Prieto, yo y otros varios jugando unas manitas de tute en la huerta de Valle, cuando nos llamó un ayudante de Doblado; fuimos á ver qué se ofrecía, y tras de un preambulito del jefe, éste nos dispuso que entráramos á parlamentar á la plaza. Ya nos esperaban el general don Apolonio Montenegro y Pepe Velázquez de la Cadena, que, al saludarnos, nos exigieron palabra de honor de que no revelaríamos nada de cuanto viéramos. Redundancia, tontería y cosa inútil: como lo primero que hicieron nuestros introductores fué taparnos los ojos con sendas *mascadas* de seda, aunque hubiéramos querido desgañitarnos y poner tablados, habría resultado igual, pues nada veíamos ni podíamos ver... Apenas habíamos empezado á caminar por el recinto fortificado, cogiéndonos de las rejas de las ventanas y tanteando el suelo con los pies, cuando, ¡pim, pim, pim! balazos y más balazos procedentes de las azoteas; las tro-



neras, los fortines y toda clase de aberturas. Gritaban hasta enronquecerse y hacían señas hasta cansarse nuestros Virgilio, que lo eran desde el momento que tenían que sacarnos sanos y salvos de aquel círculo de fuego más tremendo que la Mabelolge; pero empeño inútil: los religiosos se encarnizaban con el grupo empeñándose en probar que había buenas punterías entre los defensores de la fe... Por fin, los valientes mochtangos, desesperando de poner calma en aquel conflicto, nos cogieron en brazos y nos llevaron hasta donde esperaba Castillo. Ya conoce usted á don Severo; está *intico*, que le dejó el 53, salvo que ahora se encuentra más sordo que el que no quiere oír. Nos recibió con cortesía y se puso á nuestras órdenes para la resolución del asunto que nos llevaba... Prieto, ya le conoce usted, le echó un discursito lleno de imágenes en que sacó á relucir la ciudad destrozada, las viudas, los huérfanos, los cadáveres insepultos y la ruina y la desolación que por todas partes reinaban, concluyendo por ofrecer á Castillo y á Cadena cien mil duros por barba á fin de que hicieran cesar aquella situación. Oyó Castillo impertérrito cuanto le dijimos, y concluyó por rechazar una oferta que lastimaba su honra: otro tanto hizo Cadena.

Salimos al fin del recinto y fuimos á dar á Doblado noticia de nuestra comisión. Nos oyó Manuel, celebró que la ciudad se rindiera sin necesidad de ocurrir á aquellos di-

nerales, y, cuando Guillermo se extendía hablando de la integridad, la honradez y no sé qué otras prendas de Castillo y Cadena, el socarrón del General dijo con toda calma:

— ¡Pero, hombre, si has hablado reunidos á esos sujetos!... Si les hubieras llamado á capítulo separadamente, otra habría sido la suerte de tus libranzas.

Y señalaba las letras que nos había entregado para el soborno.

